

Si un viajero del tiempo tuviera la oportunidad de trasladarse al año 1653 descubriría una España que a pesar de sus incipientes problemas económicos sabía divertirse y disfrutar con las grandezas artísticas del barroco. Es cierto que entre el gentío de las calles de Madrid, el visitante del futuro encontraría centenares de pobres y desamparados, pero también podría tropezarse con alguno de los pintores y literatos que prosperaron al amparo de Felipe IV.

La España de Velázquez

Fernando Cohnen,
Jefe de Prensa del COITT



La Cárcel de Corte, en la madrileña plaza de la Provincia, actual palacio de Santa Cruz (Ministerio de Asuntos Exteriores).

Además de ser un importantísimo foco artístico, capaz de marcar las modas en Europa, la Villa y Corte era el centro neurálgico de un imperio enorme, aunque éste ya comenzaba a sufrir los primeros síntomas de debilidad. Los ruinosos negocios de sus gobernantes y el

tremendo gasto que suponía mantener los territorios a su cargo minaron poco a poco las energías del país. La falta de preparación, el desdén a los trabajos manuales y los desproporcionados dispendios de la nobleza también contribuyeron al progresivo declive del imperio.

Pese a todo, si el viajero del tiempo hubiera dirigido sus pasos hacia Madrid habría podido comprobar que en la ciudad se respiraba un ambiente bastante optimista. Ese hipotético mes de mayo de 1653, el intrépido viajero en el tiempo podría haber comprobado que Felipe IV,

ya mayor, era aún popular. “El rey estaba en el centro del movimiento artístico y literario y mantenía la actividad teatral en su más alto punto, contra un partido “devoto” que quería suprimirla en nombre de un concepto rígido y sombrío de la religión”, asegura Antonio Domínguez Ortiz, de la Real Academia de la Historia.

Es cierto que la Iglesia imponía su férrea moral, pero como escribió un viajero francés a mediados del siglo XVII “las naciones más graves y prudentes, como la española, son las más locas cuando deciden divertirse”. Las fiestas, los juegos y las celebraciones civiles se vivían de forma colectiva, lo que aliviaba las tensiones que provocaban las grandes desigualdades sociales. Carlos Gómez - Centurión, del departamento de Historia Moderna de la Universidad Complutense de Madrid, recuerda que las festividades religiosas rondaban en torno a los noventa días al año. “A ellas se añadían las fiestas de carácter civil o las innumerables celebraciones auspiciadas por el poder real para festejar victorias militares o acontecimientos dinásticos”.

En época de carnaval (las “Canestolendas”) la bulla generalizada y los excesos gastronómicos o sexuales constituían



Velázquez hizo este retrato del rey Felipe IV, en un ambiente de caza.

poderoso del momento, el “Rey Planeta”, tal y como le denominaba el vulgo para resaltar la magnitud y universalidad de su Imperio. Este monarca mujeriego y culto tuvo el acierto de dedicar parte de sus energías al mecenazgo y decoración de numerosos conventos e iglesias, lo que atrajo a muchos artistas procedentes de

do viaje a la Villa y Corte, en 1623, cuando el joven Felipe IV le otorgó dicho cargo con una paga mensual de 20 ducados. En esa primera etapa, Velázquez retrató al monarca, al conde duque de Olivares y creó fantásticos cuadros mitológicos. Tras realizar dos viajes a Italia y prosperar económicamente, el pintor obtuvo el nombramiento de caballero de la orden de Santiago. Tras una ardua misión diplomática con los franceses, el genial artista murió en agosto de 1660. Sus cuadros fueron admirados por un reducido círculo de entendidos. Dos siglos después, en 1865, el pintor francés Manet descubrió el portentoso talento de Velázquez, al que denominó “pintor de pintores”. Desde entonces, su legado artístico no ha dejado de asombrar al mundo.

A mediados del siglo XVII, al no existir bibliotecas públicas y ser tan elevado el precio de los libros, la única forma de difusión de los textos más importantes era la lectura colectiva en voz alta. En la novela, el máximo exponente fue Quevedo, un magnífico escritor que creó una literatura de concepto, sin apenas ornamentación. Todo lo contrario que Góngora, que enriqueció sus creaciones con metáforas extraordinarias. En cuanto al ensayo, la obra más significativa fue el “El héroe” de Baltasar Gracián, que siguió la estela de “El Príncipe” de Maquiavelo.

Pese a todo, el teatro fue el plato fuerte de la época. Su gran acogida propició la aparición de numerosos locales en muchas ciudades y villas españolas. Los corrales de algunas casas se acondicionaron para las representaciones teatrales, de ahí el nombre de “corrales de comedia”. En sus laterales se encontraban las localidades sentadas y frente al escenario había una galería donde se concentraban las mujeres y que en Madrid recibía el sobrenombre de la “cazuela”, por las apreturas que tenían que sufrir las espectadoras.

En las tres horas que duraba el espectáculo, los actores tenían que luchar por hacerse oír entre las riñas de los borrachos y bravucones y las torpezas de los graciosos. Algunas compañías obtuvieron el privilegio real y algunas actrices, como la Calderona, amante de Felipe IV, medraron en la corte con desigual fortuna. La progresiva fama que fueron adqui-

la salsa picante de unos días en los que el desorden y la ruptura se apoderaban de la comunidad. En el Corpus Christi, la otra gran festividad de aquellos años, los españoles participaban en grandes procesiones y disfrutaban con la representación de los autos sacramentales, espectáculos callejeros que exigían grandes escenografías y tramoyas. En las fiestas civiles siempre estaban presentes los elementos religiosos, pero tampoco faltaban los toros, las mascaradas o los juegos de caña, en los que jinetes de la aristocracia simulaban un combate entre dos cuadrillas de caballeros.

Aunque apenas pudo mantener la hegemonía como gran potencia mundial, Felipe IV seguía siendo el hombre más

otros puntos de la Península y del extranjero, como Alonso Cano, Zurbarán, Herrera el Mozo, Lucas Jordan o Mitelli.

En aquel batiburrillo de creadores brilló con fuerza la figura de Don Diego de Silva Velázquez, que fue bautizado en Sevilla el 6 de junio de 1599. Aquel luminoso día de mayo de 1653, el viajero del tiempo podría haber visto en alguna calle de Madrid al genial autor de “Las Meninas”. A los diez años entró en el taller sevillano de Francisco Pacheco, quien quedó asombrado con el talento del niño. Nueve años después, Velázquez se casó con Juana de Miranda Pacheco, hija del maestro.

En 1622 el artista viajó a Madrid con la pretensión de convertirse en pintor del rey, un sueño que se cumplió en su segun-



Este óleo del pintor, titulado “Vieja friendo huevos”, muestra una escena costumbrista de la España de mediados del siglo XVII.

riendo dramaturgos como Lope de Vega, Tirso de Molina o Calderón de la Barca contribuyó a dar mayor importancia al teatro. En las plazas de las ciudades también se exhibían espectáculos circenses, títeres o retablos de personajes épicos y grotescos, como los que describe Cervantes en el “Retablo de las maravillas”.

En aquel mes de mayo de 1653, el hipotético viajero del tiempo habría podido contemplar los fastos de alguna de esas jornadas festivas. Pero también se habría enfrentado a los males de una capital que se sentía asediada por miles de emigrantes del campo, mendigos, soldados y desocupados. En Madrid había una población de unos 140.000 habitantes, de los cuales unos 1.300 eran pobres “legítimos e impedidos” y unos 3.000 pedían limosna. Muchos de ellos eran extranjeros, antiguos peregrinos de Santiago y ex soldados. En las calles y en los pórticos de las iglesias pululaba ese ejército de miseria que malvivía de la caridad cristiana y constituía la base de la pirámide social.

“Los mendigos “reconocidos” poseían una licencia concedida por el párroco de su pueblo o ciudad que les permitía ejercer el pordioseo en su localidad y en seis

leguas a la redonda”, señala Carmen Sanz Ayán, autora junto a Carlos Gómez - Centurión y otros historiadores de “La vida cotidiana en la España de Velázquez” (Temas de hoy). Los más respetados eran los ciegos, que en algunas ciudades llegaron a agruparse en cofradías reconocidas por al autoridad municipal, lo que les permitía recitar en exclusividad coplas y vender almanagues.

Junto a estos desheredados había legiones de falsos mendigos, pícaros, ladrones, rufianes, matones y alcahuetes, que vivían de los ingresos de prostitutas a su cargo. Pero también existían burdeles que eran conocidos en la época con el nombre de mancebías. Los reglamentos que imponía la autoridad municipal establecían guardas encargados de mantener el orden dentro de estos locales y la obligación de que las “meretrices” vistieran

medios mantos negros, en lugar de los mantos enteros que utilizaban el resto de las mujeres.

En las grandes ciudades como Madrid, Sevilla, Cádiz o Valencia se formaban bandas organizadas de pícaros llamadas “cofradías” o “monipodios”, como el que describe Cervantes en “Rinconete y Cortadillo”. En sus filas había prostitutas, delincuentes y tupidas redes de encubridores y cómplices. En Madrid se movían en los alrededores de la Puerta del Sol y la plaza de Herradores. Pero en la capital no solo pululaban mendigos, pícaros y maleantes.

El tercer estamento social estaba compuesto por los artesanos, las únicas gentes de la ciudad que pagaban sus impuestos y que tenían escaso poder adquisitivo. Sin embargo, siempre había alguno que prosperaba lo suficiente para

«El rey Felipe IV estaba en el centro del movimiento artístico y literario y mantenía la actividad teatral en su más alto punto»



La Plaza Mayor de Madrid, donde se celebraban grandes acontecimientos, lidias a caballo y autos sacramentales.

comprar un título nobiliario y con ello pasar al primer estamento, el de los aristócratas, aunque siempre fueron vistos como advenedizos por los nobles de toda la vida. El segundo estamento era improductivo, como el de los nobles, pero con escaso poder. Eran los hidalgos, caballeros, clérigos de menor rango y los militares.

El primer estamento estaba compuesto por la realeza, la nobleza, el alto clero, los funcionarios de máximo rango y los banqueros. En la casa real servían 2.200 personas, entre ellos Velázquez, que además de pintor fue contratado para desempeñar otros cargos, como hujier de cámara o aposentador. Un noble podía tener a su servicio más de cien criados. En este estamento, nadie trabajaba. Los sirvientes sólo lo hacían para su señor. En aquel entonces apenas se producían productos para el comercio, y eso era un problema

en Madrid, donde los miembros de la realeza, los nobles, los funcionarios y el clero consumían mucho. Todos los días entraban por las puertas de la capital centenares de carros tirados por bueyes que traían alimentos y productos de otros lugares de España.

Los alrededores de Palacio y de la Plaza Mayor eran las zonas de esparcimiento elegidas por los nobles y las clases privilegiadas. Los paseos eran propicios para el lucimiento de carruajes, los encuentros amistosos, la conversación, el cotilleo discreto y los requiebros amorosos. Pero también eran idóneos para ver y ser vistos con los mejores ropajes que uno pudiera llevar.

Para refrescar a los paseantes, los vendedores ambulantes ofrecían agua, vino, lima o aloja, una bebida hecha con agua, miel y especias. Desde fines del

siglo XVI se generalizó en la corte el consumo de helados y nieve, un producto que se empezó a acarrear desde la sierra y que posteriormente se almacenó en pozos profundos, situados en las proximidades de lo que hoy es la madrileña glorieta de Bilbao.

En la Puerta del Sol, donde concurrían varios paseos importantes, nuestro viajero del tiempo habría podido escuchar las reflexiones de los caballeros sobre la hambruna en Castilla o sobre las pérdidas económicas del país, que obligaron al conde duque de Olivares a abandonar sus proyectos de reforma fiscal y comercial en Castilla. Los más informados y osados se habrían atrevido a cotillear en susurros el nacimiento de don Juan José de Austria, hijo natural de Felipe IV y de su amante, la actriz María Calderón, "la Calderona".

Las gentes de la época también acudían a los mentideros, llamados así por la cantidad de embustes que se difundían en ellos. El más famoso de Madrid fue el de las gradas del convento de San Felipe el Real, a la entrada de la calle Mayor. En los patios del Real Alcázar se encontraba el mentidero de las "losas de Palacio", que congregaba a pretendientes, litigan-

«Había bandas organizadas de pícaros llamadas cofradías o monipodios, como las que describe Cervantes en 'Rinconete y Cortadillo'»



Las fiestas y celebraciones civiles se vivían de forma colectiva. La bulla generalizada se desataba en esas ocasiones ("Los borrachos", de Velázquez).

tes, gacetilleros y curiosos, todos ellos con las antenas dispuestas a captar los cotilleos de los "covachuelistas", cuyas indiscreciones podían dar una idea de lo que ocurría en los salones del palacio.

En esos mentideros, nuestro viajero del tiempo también habría tenido oportunidad de escuchar entre susurros un hecho auténtico que avergonzó a muchos madrileños y alertó a las altas autoridades de la Iglesia. Jerónimo de Villanueva, uno de los personajes más influyentes de la época, fundó un convento de benedictinas en la calle de San Roque. Al lado alzó su propia casa y la comunicó con pasadizos secretos con el convento, don-

de vivía enclaustrada su amante, llamada Teresa Valle de la Cerda, para la que fundó ese edificio religioso.

Jerónimo de Villanueva se había reservado el derecho de elegir a los religiosos que asistían a las monjas, entre ellos nombró a Francisco García Calderón como capellán de la comunidad. Este hombre provocó en las benedictinas un estado continuo de histeria colectiva. Al parecer las monjas participaron en exorcismos y actos heréticos. Villanueva fue procesado por la Inquisición en 1632, aunque se libró del castigo por la enorme influencia económica que tenía en pala-



Desde este palacio que todavía sobrevive en la madrileña calle Mayor, el duque de Uceda medró en la corte hasta que fue desterrado por el conde Duque de Olivares.

Pero cuando parecía que el escándalo había sido olvidado, corrieron rumores sobre las pecaminosas relaciones de Felipe IV con la novicia sor Margarita de la Cruz, una bella adolescente que profesaba en el convento de las Benedictinas de San Plácido, cuyos muros se pueden admirar hoy día en la calle San Roque, 9, al lado de la madrileña calle del Pez. El viajero del tiempo también podría haber visto otros edificios religiosos y civiles que todavía permanecen en pie en el Madrid del siglo XXI.

Entre ellos, la Iglesia de San Pedro el Real (en Costanilla de San Pedro), San Jerónimo el Real (en la calle Alarcón, sobre el Museo del Prado), la Capilla del Obispo (Plaza de la Paja), el Palacio del Pardo, la Casa del Cordón (calle del Sacramento y Plaza de la Villa), la Casa de las Siete Chimeneas (Plaza del Rey con vuelta a la calle de las Infantas, cerca de Barquillo), el Palacio de Uceda (calle Mayor, casi enfrente del Palacio Real), el ya mencionado convento de las Benedictinas de San Plácido y el Puente de Segovia, "demasiado puente para tan poco río", señalaban algunos autores de la época.

Pero nuestro valiente viajero del tiempo también habría podido pasear por la Plaza Mayor y contemplar algunos de los fastos que en ella se celebraban. Más lejos, por la zona del Prado, se habría encontrado con el Salón de Reinos del Palacio del Buen Retiro (antiguo Museo del Ejército, calle Méndez Núñez) y el Casón del Palacio del Buen Retiro (calle Alfonso XII). De vuelta al centro de Madrid, el turista del siglo XXI se habría topado con la Iglesia de San Nicolás de los Servitas, con el Colegio Imperial de los jesuitas (actual Instituto de San Isidro, calle de Toledo), la Cárcel de corte (actual Ministerio de Asuntos Exteriores, Plaza de la Provincia), y la Casa de la Villa, aunque en 1653 todavía se encontraba en construcción.

Nuestro protagonista habría visto cómo eran las casas de aquel Madrid remoto. Como el Museo de Lope de Vega, que en pleno siglo XXI nos da una idea de cómo eran las viviendas del Siglo de Oro. Situada en la calle Cervantes, en pleno barrio de las Letras de Madrid, este museo recrea el ámbito privado en el que el autor teatral escribió y pasó los últimos

años de su vida. La casa exhibe obras de arte, mobiliario, enseres y ediciones bibliográficas vinculadas a Lope.

El viajero del tiempo también habría podido escuchar música en el Madrid de Velázquez. En aquellos años destacaron los compositores Mateo Romero, director de la Capilla Real, Juan de Blas de Castro, Gaspar Sanz y Francisco Gutiérrez, que colaboró con Calderón en los “Autos sacramentales”. Pero además de la música, los bailes formaron parte esencial en las celebraciones festivas del Siglo de Oro, ya que solemnizaban las procesiones y actos litúrgicos o amenizaban el entretenimiento popular. Mientras los maestros enseñaban en sus escuelas las danzas aristocráticas o cortesanas, el pueblo se desmelenaba con los bailes de la capona, el polvillo y sobre todo con las danzas burlescas del escaramán, la chacona y la zarabanda, que se ejecutaban con obscenos contoneos corporales.

Aunque en algunos momentos del siglo XVII la zarabanda y otros bailes escandalosos llegaron a ser prohibidos por la autoridad, sus alocados pases y las coplas burlescas de contenido político y social siguieron siendo la salsa picante de las comedias, ya que amenizaban los entreactos y permitían al público desinhibirse en la fiesta que solía celebrarse al final de la obra.



Velázquez retrató a la reina María de Austria luciendo un vestido con guardainfante, que estaba armado con aros, lo que le daba una forma campanada a la falda.



El convento de las Descalzas Reales, en la madrileña plaza del mismo nombre.

En aquellos años, muchos nobles y altos dignatarios del estamento eclesiástico se trasladaron a las ciudades y transfirieron sus rentas del campo a los centros urbanos, lo que permitió la supervivencia de artesanos, menestrales, comerciantes, profesionales y criados. En el piso superior de las viviendas de las clases más acomodadas se encontraban los salones, cuyo número dependía del rango social de la familia.

El historiador Carlos Gómez - Centurión, señala que era muy característico de aquella época el guadamecí, un tejido originario de África que se utilizaba para revestir muros, dado el óptimo aislamiento que proporcionaba contra la humedad. El salón, que solía estar dividido por una barandilla, tenía a unos de sus lados el “estrado”, una tarima revestida de terciopelo, tafetán o seda y guarnecida de almohadones, donde se sentaban a la morisca las mujeres de la casa y sus invitadas.

A la hora del almuerzo, el único cubierto indispensable era la cuchara, pues la mayoría de los alimentos se tomaban con los dedos. El tenedor podía considerarse un utensilio muy refinado y relativamente exótico. Tras los postres, los sirvientes ofrecían a los comensales jofainas con agua olorosa y toallas. Gómez - Centurión, recuerda que, excepto en banquetes y convites, “el único en sentarse a la mesa solía ser el señor de la casa acompañado de sus invitados varo-

nes, mientras la mujeres y los niños comían en el suelo, sentados sobre alfombras y almohadones”.

Para el desayuno era habitual tomar torreznos y un trago de vino, aunque mediado el siglo XVII las clases acomodadas se habían aficionado al chocolate. Los más madrugadores solían tomar en ayunos unos sorbos de aguardiente acompañados de unas tajadas de “letuario”, confitura de miel y naranja. La comida campestre se componía de pan, ajos, cebolla, cecina, embutido, bacalao y huevos. En las grandes ocasiones se preparaba una succulenta “olla podrida” que incluía garbanzos, productos del cerdo, cebolla y ajos.

El hecho de consumir tocino daba seguridad sobre la limpieza de sangre; es decir, indicaba que uno pertenecía a la casta de cristianos viejos. El vacuno era excepcional, lo mismo que las aves, aunque ambas carnes, incluida la del preciado carnero, adornaban las mesas de las clases privilegiadas. Uno de los pasajes de “El Quijote” describe la dieta del viejo hidalgo, quizás muy parecida a la que disfrutaron algunos españoles a mediados del siglo XVII: “Una olla de largo más vaca que carnero, salpicón las más noches, duelos y quebrantos los sábados, lentejas los viernes, algún palomino de añadidura los domingos”.

“La preceptiva católica obligaba a guardar la vigilia muchos días al año, lo que suponía no comer carne, salvo que se



Los menos afortunados comían torreznos, migas, poca carne y en alguna ocasión bacalao en salazón. (El aguador de Sevilla, de Velázquez)

dispusiera de una dispensa papal”, señala Gómez - Centurión. Pero sólo las clases altas consumían pescado fresco de río o de mar o en escabeche. Los menos favorecidos tenían que conformarse con pescado seco en salazón, fundamentalmente bacalao. Por lo que se refiere a los placeres del morapio, el consumo de vino aumentó de forma considerable a lo largo del siglo XVII. Su creciente producción fue una de las características de la agricultura española de la época.

La fama que tenían los españoles en

Europa de altaneros, orgullosos y excesivamente protocolarios se debió en gran medida a las exigencias de la moda aristocrática y cortesana, que obligaba a utilizar vestidos que aprisionaban el cuerpo y mantenían la cabeza siempre erguida. Durante el reinado de Felipe IV, los calzones cortos y muy abultados fueron sustituidos por otros más largos y ajustados, que llevaban en sus costuras laterales una hilera de botones. La golilla, un alzacuello rígido de cartón en forma de plato, y el color negro fueron predominantes en la moda masculina.

En el vestuario femenino destacaba el cartón de pecho, que bajo el vestido alisaba el torso, dándole forma de cono invertido. El verdugado, luego guardainfante, estaba armado con aros, lo que lograba la forma rígida y acampanada de la falda. Finalmente, los chapines eran zapatos de enormes plataformas de corcho en las suelas que obligaban a las mujeres a andar con pasos muy cortos, como si se deslizaran. El elemento que más evolucionó en la época fue el verdugado, que poco a poco desembocó en el famoso guardainfante, que abultaba de forma exagerada las caderas de las mujeres. A ese ensanchamiento de la falda se le achacaba la cualidad de ocultar embrazos.

En 1629, se enterraron los restos mortales de Góngora. Pero nuestro viajero del tiempo podría haber disfrutado con la representación de alguna obra suya o con el teatro de Lope de Vega, que triun-

faba en los corrales de comedia, a donde acudían en masa los madrileños. Las gentes de la capital no desperdiciaban ni una sola ocasión para animar el cuerpo con una entretenida comedia o una buena lidia a caballo, espectáculos que se celebraban en las plazas y corrales de comedia. Precisamente, en la Plaza Mayor de Madrid se festejó la llegada al trono de Felipe IV, acontecimiento que tuvo lugar en el año 1621.

Según desvelan los documentos de la época, los balcones de las primeras plantas de los edificios que flanqueaban la plaza se tasaron a doce ducados, a ocho los de la segunda, a seis los de la tercera y a cuatro los cuartos o buhardillas. En ese inmenso escenario urbano se organizaron jornadas de toreo a caballo, en las que participaban jinetes nobles, aunque ya existían toreadores espontáneos y profesionales que lidiaban las reses tanto a pie como a caballo. No es extraño que con tanto acto festivo a la ciudad del Manzanares se la denominara la “Corte de los Milagros”.

Pero en la Plaza Mayor también se vivieron los fastos de canonización de Santa Teresa, San Isidro, San Francisco Javier y San Ignacio de Loyola y se representaron comedias de Lope de Vega al aire libre. Sin duda, Madrid era una fiesta, aunque a veces la bulla se desvanecía con las pestes y las hambrunas o con las inquietantes procesiones de crucifijos y penitentes encadenados que desfilaron por las calles del Madrid, convertidas en aquellas ocasiones en un escenario siniestro donde se representaba toda la iconografía de la Inquisición.

En aquella época de crecientes miserias y esplendores artísticos, los españoles parecieron enloquecer con los naipes. Los juegos de cartas eran muy populares y se practicaban en cualquier circunstancia, aunque también existían lugares especializados como las “casas de juego”, donde se celebraban certámenes poéticos, se subastaban objetos de todo tipo y se hacían circular los chismes más variados sobre la corte. Entre las legales y las clandestinas, Sevilla llegó a albergar unas trescientas casas de juego. En Madrid existían varias decenas.

Pero sólo los reyes y la alta aristocracia podían contar entre sus entretenimientos con la peculiar rareza y gracia de



Este retrato de la infanta Margarita de Austria fue el último que pintó Velázquez.



Estatua ecuestre de Felipe IV que está situada frente al Palacio Real.

los enanos y bufones, algunos de los cuales fueron retratados por Velázquez. Ese es el caso del pequeño Francisco Lezcano, llamado el Vizcaíno, que el pintor sevillano situó en una cueva, con un mazo de naipes entre las manos, pues solía echar las cartas para averiguar la suerte y destino de algunos cortesanos. Las deformidades de los enanos y bufones ofrecían el contraste necesario a la belleza, compostura y majestad de sus dueños. Al menos eso es lo que pensaban las clases privilegiadas, que entretenían

trataban de quitar las basuras y detritus que se almacenaban en las calles. Con agua y armados de pala, los barrenderos trajinaban con aquella masa infecta de basuras. “La van arrastrando con palos atravesados de los que tiran las mulas y con cubos de agua (...) Esto es lo que se llama la marea de Madrid”, escribe el marqués de la Villa de San Andrés.

Probablemente por las escasas condiciones sanitarias, las epidemias que se producían cíclicamente en el país dejaron un rastro de luto y desolación que tuvo su

vida. En los templos de las aldeas, coronados por los característicos campanarios, tenían lugar todos los ritos en los que, desde el nacimiento hasta la muerte, participaban los fieles. Encaramados en los púlpitos, los curas trataban de controlar los impulsos naturales de un pueblo abocado a la bulla y la diversión desenfadada.

Si el viajero del tiempo hubiera podido permanecer en España varios años más, habría asistido a un acelerado proceso de descomposición social, económica y política que desembocó más tarde en la paz de Westfalia, el final de la Guerra de los Treinta Años (1648). Aquel acontecimiento histórico supuso el principio del fin de la hegemonía española y el nacimiento de Francia como nueva potencia mundial.

El último cuadro que Velázquez hizo de su señor muestra a un Felipe IV prematuramente envejecido por las preocupaciones familiares y políticas. El académico Antonio Domínguez Ortiz recuerda que sólo uno de los príncipes herederos le había sobrevivido: “Se trataba del enclenque niño nacido en 1661 que, bajo el nombre de Carlos II, cerraría con poca gloria una dinastía que comenzó con los más felices auspicios”.

«La gente acudía a los mentideros para oír los cotilleos de los 'covachuelistas', cuyas indiscreciones daban una idea de lo que ocurría en palacio»

su ocio con paseos a pie, en carrozas, coches, sillas de manos y a caballo por las calles más importantes de la capital.

En la capital del reino, no todo era lustre. Las calles del Madrid de los Austrias estaban tan sucias que las autoridades aprobaron todo tipo de regulaciones para limpiarlas, aunque con poco éxito. Cuadrillas de hombres armados de escobones

repercusión en el arte de la época. Muchas pinturas, en especial las de Valdés Leal y Antonio de Pereda, reflejaron esa sensación de que la vida era algo muy frágil y transitorio. Los moralistas comparaban la banalidad de los placeres terrenos con la brevedad y engaño de los sueños.

La presión de Iglesia recordaba continuamente el lado más dramático de la